

que no repugnó el príncipe indio, antes les asignó por guías á dos principales empleados suyos. Ardían, sin embargo, los religiosos, en deseos de principiar su misión, y sin aguardar más, allí mismo, en presencia de Can Ek y del tropel de gente congregada en la plaza por mera curiosidad, el Padre Fuensalida, con un crucifijo en la mano y en muy buen estilo de lengua maya, pronunció un discurso demostrando á los itzáes lo absurdo de la idolatría y la precisión razonable en que estaban de abrazar el cristianismo, cuyos dogmas fundamentales les explicó con asombrosa sencillez y claridad; aunque en vano, pues á pesar de haber escuchado la multitud sus palabras con atención, uno de los sacerdotes de los ídolos le replicó, con no menos vigor, que ciertamente sabían por las predicciones de sus antepasados que algún día habrían de convertirse al cristianismo, pero que ese día aun no había llegado, y aun distaba mucho de llegar, y que así, lo que más les convenía, si querían pasarlo bien, era desistir de su ímproba tarea, y volverse al país de donde habían venido.

Hicieron los religiosos como que no entendieron la descortés despedida que tan claramente les habían significado, é iniciaron el paseo por el pueblo, en compañía de sus guías y de la multitud que los seguía silenciosamente. Al pasar por un gran adoratorio, ocurrióseles entrar en él, y contemplaron con sorpresa que allí se veneraba un gran ídolo de piedra, figura de caballo, al cual adoraban bajo el nombre de Tzimín-Chac,

ó sea, caballo del rayo (1). Ver el Padre Orbita aquella maciza figura asentada sobre sus ancas, encorvados los piés y levantadas las manos, y sentirse arrebatado de indignación, fué todo uno. Cogió una gran piedra, subióse á la estatua del caballo, y sin considerar la multitud de indios que, apasionados y trémulos, seguían sus movimientos, quebrantó el ídolo á golpes y arrojó sus pedazos por el suelo. Tremenda grita y vocería de maldición y muerte se levantó contra el misionero, hacia quien convergían la ira, el alboroto, las manos y las voces de aquella caterva de gente airada; mas el Padre Fuensalida, sin inmutarse en tan grande riesgo, mostrando serenidad plácida y tranquilidad en el semblante, levantó la voz cuanto pudo y alzando el crucifijo en la mano, les dirigió un discurso tan elocuente y fervoroso, que los airados indios trocaron su coraje en silencio respetuoso: la vista misma del ídolo destruído, quedando ileso el Padre Orbita, la calma imperturbable con que aquellos religiosos arrostraban la muerte, y la perspectiva luminosa de cosas grandes, sobrenaturales y eternas, todo esto expresado con el colorido y relieve que la lengua maya tiene en su expresión, sirvie-

(1). Recuérdese que Hernando Cortés dejó á los itzáes para cuidar un caballo morcillo, el cual se murió luego, con gran sentimiento de los mismos itzáes, quienes por temor á Cortés, resolvieron hacer una figura representativa del caballo, para que, si Cortés volviese, pudiesen demostrarle con hechos que no por su culpa el caballo se había muerto. Esta circunstancia dió motivo á que convirtiesen el caballo en ídolo principal. Cogolludo.—Tomo I, pág. 93.

1472

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ron de una manera admirable al orador para impresionar fuertemente á su auditorio. Consiguió su objeto: los itzáes depusieron un tanto su enojo, y los religiosos pudieron cruzar entre la multitud y volver á su casa sin que una sola mano se levantase para herirlos; no obstante, y á pesar de las esperanzas que los religiosos concibieron un momento, el curso de los días les mostró que los itzáes resguardados en su estudiada reserva y taciturna hostilidad, persistían en creer que no era llegado el tiempo de su conversión al Cristianismo. Can Ek recibió el donativo de una cruz, permitió que se cantase la doctrina cristiana como se acostumbraba en Yucatán, y algunos de su corte aceptaron igualmente las cruces que se les ofrecieron; pero fuera de ésto, ni una sola muestra de querer abandonar la idolatría, ni un solo neófito, ni una sola persona inclinada á dejarse instruir en la fe católica. Tanta frialdad é indiferencia persuadió á los misioneros que era preferible volverse á Tipú, y desde allí tratar de ganarse con suavidad y paciencia la voluntad de los itzáes. Así lo hicieron, y á principios de Noviembre de 1618 estaban en Tipú, donde permaneció el Padre Orbita, en tanto que el Padre Fuensalida siguió camino hasta Mérida, con el objeto de dar cuenta de sus trabajos. Llegado á esta capital cuando estaba muy entretenida con los festejos de la jura del dogma de la Inmaculada Concepción de María, no pudo ocuparse de su obra; mas tan pronto como las fiestas pasaron, se apersonó

con el Obispo, con el Gobernador y con los principales ciudadanos, interesándolos en ella y solicitando su cooperación. Esta vez fué mejor escuchado, y hasta del Gobernador alcanzó despachos favorables para que las autoridades del tránsito le diesen ayuda, y de todos recibió donativos, algunos de gran liberalidad, con lo cual pudo ponerse en camino de nuevo á principios del año de 1619, siempre á pie y descalzo, y sin más abrigo que su hábito monjil: su viaje esta vez fué más rápido, pues con los despachos que llevaba del Gobernador, todos se apresuraban á servirle á medida de su deseo, y siguiendo el mismo derrotero llegó breve y felizmente al pueblo de Tipú.

Estuvieron estos religiosos doctrinando á los habitantes de Tipú, Lucú y Zac-Cuuc, hasta que les pareció oportuno volver al Petén. Enviaron mensajeros á Can Ek, y con la respuesta favorable de éste, salieron de Tipú acompañados de D. Cristóbal Ná y de otros cuarenta indios tipuanos. Llegados á la isla del Petén, fueron recibidos y hospedados con grandes demostraciones de alegría, y no tan pronto descansaron de las fatigas del viaje, cuando se pusieron á la obra antes iniciada: enseñaban la doctrina y moral cristiana, y á sus predicaciones asistían los itzáes con atención, sosiego y perseverancia, y aun el mismo Can Ek empezaba á mostrar inclinación á convertirse al Cristianismo; mas los sacerdotes de los ídolos, viéndose en inminente peligro de perder su situación social, se conmo-

vieron y empezaron á trabajar bajo de cuerda á fin de hacer fracasar la evolución social y religiosa que ya se diseñaba perfectamente. Atraieron primero á su partido á algunos capitanes del ejército itzá, y luego con artificiosa maña sedujeron á la esposa de Can Ek, hasta el punto de exigir de su marido que echase á los franciscanos de la isla, amenazándole, si no lo hacía, con abandonar el domicilio conyugal, fugándose en compañía del capitán Nacon Pool. La treta estuvo bien urdida, y su ejecución no se hizo esperar. Organizaron una jira en una casa de campo de Can Ek, al otro lado de la laguna, y á ella acudieron todos los sacerdotes de los ídolos, los capitanes, dignatarios, personas principales con numeroso concurso de pueblo, quienes después de pasar el día en idolatrías, mitotes y borrachera, decidieron arrojar á los religiosos de la isla, usando para ello, si preciso fuese, de la fuerza y de la violencia, y ofreciendo Can Ek convertirse en espectador neutral, dejando que su esposa y aliados ejecutasen tan vituperable resolución. Así fué que á la mañana siguiente una multitud armada allanó la casa de los pobres religiosos, y sin bosticar palabra, empezó á sacar toda su ropa, ornamentos y demás muebles de su propiedad, llevándolo todo á una canoa ya preparada en la orilla de la laguna. Luego, encarando el jefe con los mismos religiosos, les notificó que se embarcasen inmediatamente, llevándose consigo á los tres indios tipuanos que les acompañaban, y que incidentalmente ha-

bían venido á visitarlos por aquellos días: en vano pidieron los religiosos hablar con el cacique, pues en lugar de acceder á sus ruegos, los asieron pretendiendo arrastrarlos violentamente al embarcadero, y aunque el P. Orbita, como de condición más fogosa, hizo alguna resistencia pretendiendo entrar en razones, no le dió tiempo para ello un mocetón arrogante y bien vestido que andaba ahí cerca, y que de improviso se arrojó sobre el pobre padre, le cogió de la capucha, se la retorció al cuello y tiró de ella con tan desmedida fuerza, que lo derribó á tierra desmayado. Al P. Fuensalida que inconscientemente se volvió hacia donde su compañero sufría, lo maltrataron también, y así no hubo más sino dejarse llevar al embarcadero á donde en breve llegaron el P. Orbita cargado en peso por estar sin sentido, y el P. Fuensalida empujado y casi arrastrado por aquellos sayones: los tres indios tipuanos seguíanlos temblando de miedo, y temiendo que toda esta comedia parase en un asesinato en masa de los cinco indefensos huéspedes del pueblo itzalano.

Felizmente no llegó á tanto el encono de los sacerdotes y capitanes, quienes acaso por la simpatía que los religiosos despertaron en el ánimo de Can Ek, se conformaron con embarcarlos en desvencijada canoa, sin curarse de darles bastimento ni remeros, entregados así sin auxilio al hambre y á la fuerza de los elementos. Fué su fortuna que los tipuanos compañeros suyos, previsores y entendidos, supieron proveerse de

algún pozole y pan de maíz que hubieron á la mano en la casa antes de salir, y con tan corto mantenimiento pasaron el camino repartiéndoselo de tarde en tarde, y á muy tenues proporciones entre los cinco. Viento favorable los llevó á la opuesta ribera, y ya en tierra firme, metiéronse por la aspereza del monte, y atravesando con grandísima tribulación por aquel despoblado, pudieron alcanzar, después de muchas penas, el pueblo de Tipú. Determinaron volverse á su monasterio, y á fines de 1619 fueron recibidos en Mérida con el aprecio y admiración que siempre se tributa á los hombres desinteresados y magnánimos que se sacrifican por el progreso de la humanidad. Con razón dice un historiador que estos religiosos tienen el derecho de reclamar un puesto honroso en la historia de nuestra civilización (1).

Cuando volvieron á Mérida, no hacía mucho que la capital de la colonia había celebrado fiestas reales porque Felipe III había confirmado el título de muy noble y muy leal ciudad, asignándole por escudo un león rampante en campo verde y un castillo torreado en campo azul.

El 7 de Diciembre del mismo año de 1619, falleció y fué sepultado en la iglesia de la Mejorada el Gobernador Ramírez Briceño, cuya muerte fué sentida por haber llegado á hacerse estimar con su recta administración de justicia, en la cual le sirvió de asesor el Lic. Antonio Trevi-

(1) Eligio Ancona, *Historia de Yucatán*, tomo II, página 213.

ño, que en unión de su esposa doña Catalina de Cárcamo permaneció en Mérida aun después de la muerte de su jefe.

Dos cronistas, de los cuales el uno parece copiar al otro, atribuyen la muerte de Briceño á una muda de ropa blanca maleficiada que una señora, dicen, le había regalado dos meses antes; pero todo esto no pasa de conseja, dimanada de la inclinación del vulgo á ver algo misterioso en la muerte de los grandes ó poderosos. Ni Cogolludo ni otro cronista que tuvo á la vista los libros de sesiones del Ayuntamiento de Mérida, mencionan tal maleficio. El primero, aunque expresa que falleció de enfermedad, no menciona cuál hubiese sido ésta, si bien es de sospecharse que hubiese muerto de tisis, á juzgar por lo que indica uno de aquellos cronistas de que Briceño empezó á secarse y á dolerle la cabeza hasta que murió en la tarde del 7 de Diciembre de 1619.

Desde este día gobernaron la provincia en sus respectivos distritos los alcaldes de Mérida, Campeche, Valladolid y Salamanca de Bacalar, y lo eran entonces en Mérida, Bernardo de Sosa Velázquez y Juan Bote que fungieron de gobernadores hasta el 31 de Diciembre. El primero de Enero de 1620, se hicieron elecciones, y resultaron electos alcaldes ordinarios los capitanes D. Miguel de Argáez y D. Diego de Solís Osorio, que fungieron de gobernadores hasta el 3 de Septiembre del mismo año, en virtud de real cédula de 24 de Mayo de 1600 conseguida por D. Gregorio de Funes, vecino y procurador general de

la ciudad de Mérida de Yucatán, y en la cual se ordenaba que muriendo el Gobernador de Yucatán se encargasen del Gobierno en cada una de las ciudades y villas de la provincia, los alcaldes ordinarios que en ellas hubiese, entretanto que el Virrey de Nueva España nombraba gobernador interino que gobernase mientras llegaba el gobernador propietario, que al Rey correspondía nombrar. Esta cédula fué muy celebrada y aplaudida en Yucatán, porque además de reconocer esta preeminencia á los alcaldes ordinarios de la provincia, la hacía depender directamente de la Corte en cuanto al nombramiento definitivo de gobernadores, de donde deducían que Yucatán no era un departamento de la Nueva-España, sino una provincia con gobierno especial como Cuba, Florida y Puerto-Rico.

CAPITULO IV.

GOBIERNO DEL CAPITÁN ARIAS, CONDE DE LOZADA Y TABOADA.

SUMARIO.

El virrey de Nueva-España nombra gobernador interino al capitán Arias, conde de Lozada y Taboada.—Se atrae la animadversión de los encomenderos, porque ejecuta una real cédula relativa á encomiendas.—Deposita la encomienda de Sinanché en la Real Corona.—El Ayuntamiento de Mérida representa ante la corte y nombra procurador general de la ciudad á Thomé de Rúa.—Le da instrucciones para gestionar la abrogación de dicha cédula.—El Conde de Lozada hace concesiones numerosas de tierras para establecer haciendas de ganado vacuno.—Las costas de la provincia infestadas de piratas y corsarios.—Apresamiento de cinco buques españoles por los corsarios.—Remisión de veinte mil pesos á España.—Muerte de Felipe III.—Se alzan pendones por Felipe IV.—Este confirma en el Gobierno de Yucatán al Conde de Lozada.—El Lic. Agustín Prolongo de Villanueva, su asesor y teniente general.



A PENAS se supo en México la muerte de Francisco Ramírez Briceño, fueron muchos, como sucede en tales casos, los aspirantes al Gobierno de Yucatán, mas el agraciado por el Virrey fué el Capitán Arias, conde de Lozada y Taboada y Castellano de San Juan de Ulúa (1), que nombrado gobernador in-

(1) En 3 de Septiembre de 1620, fué recibido en Mérida el Capitán Arias, Conde de Lozada y Taboada, antes Castellano de San Juan de Ulúa, nombrado Gobernador y Capitán General interino en México á 8 de Julio de 1620 por el Virrey de Nueva España, Marqués de Guadalcázar, D. Diego Fernández de Córdoba: gobernó hasta 1.º de Septiembre de 1621, y en su tiempo nombró teniente general al Lic. Agustín Prolongo de Villanueva.—Apuntes citados.—*Cogolludo*, tomo II, pág. 267.—*Museo Yucateco*, tomo I, pág. 137.—*Tabla díptica citada*.